

güentes palabras: «Es de deplorar que el rey de Prusia tenga ministros tan poco hábiles como perversos.» Esta carta sentencia era el decreto de muerte de la administración de Stein. El gran patriota se retiró para no comprometer á su país, pero sus planos y sus reformas no por esto debían quedar menos siendo la alma del gobierno prusiano, y en esto estaba el peligro: «He pedido, escribía Napoleón á Soult, el 10 de Setiembre de 1808, que fuese despedido Stein de su ministerio, sin lo cual

no volverá el rey de Prusia á entrar en sus Estados. Al mismo tiempo he hecho secuestrar sus bienes en Westphalia.»

Estas satisfacciones le fueron concedidas como todas aquellas que reclamaba en ese momento crítico, pero la misma facilidad con que las obtenía hubiera debido probarle que se contaban con medios disimulados, pero ciertos, de tomar más tarde una revancha. El príncipe Guillermo de Prusia estaba desde hacía varios meses en París para el arre-



EL MAYOR PRUSIANO SCHILL

glo definitivo de la deuda prusiana. Champagny le significó en nombre de Napoleón que era necesario aceptar en el más breve lapso de tiempo la cifra de ciento cuarenta millones fijada por el emperador. El príncipe tuvo que someterse al mismo tiempo á las duras condiciones que se imponían á su rey. La Convención que fijó el montante de la deuda estipulaba que, hasta á su entero pago, 10.000 franceses continuarían ocupando las plazas de Glogau, Stettin y Cüstrin; debiendo mantenerlos ya que no soldarlos el rey de Prusia; que el ejército prusiano sería reducido durante diez años consecutivos al número de 42.000 hombres, sin que el rey pudiera suplir el número en ningún caso levantando milicias,—artículos separados, I y II.—En fin, el rey Federico Guillermo se comprometía en caso de guerra contra

Austria á poner á disposición del emperador una división de 16.000 hombres,—artículo V.—Convención de 8 de Setiembre de 1808.

Tal fué el primer fruto de la política de Stein. Pero su derrota era más aparente que real, pues entraba en sus planes llevarlo todo á la exageración, y contaba más con la desesperación producida por el exceso del mal que con las pequeñas habilidades de la política de gabinete. Ese cruel abuso de la fuerza no podía en definitiva servir á sus designios, puesto que, en la situación intolerable en que se hallaba, la monarquía y la nación prusianas no podían ya vivir en lo sucesivo mas que en el estado de conspiración permanente.

Obligados á tener que sufrir el tratado, procuróse desde luego eludirlo. El ministro de la Guerra Shar-

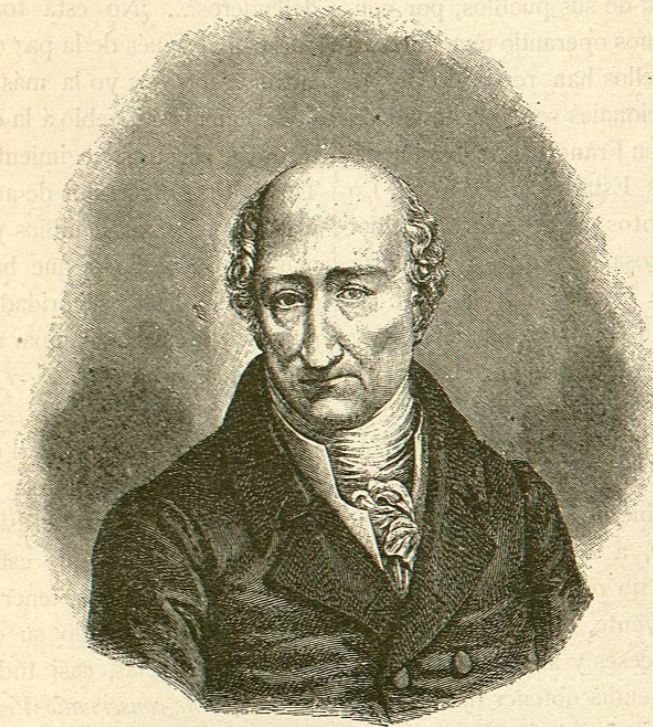


EL PRÍNCIPE CARLOS.

honst realizó bajo el punto de vista militar todas las reformas que su amigo Stein había introducido en el orden civil. Abrió á los burgueses el acceso á los grados superiores; mantuvo ostensiblemente el ejército en la cifra de 42.000 hombres, pero tuvo en realidad 200.000 gracias á una especie de rápida sucesión que no dejaba á las tropas bajo sus banderas mas que el tiempo necesario para su instrucción.

En Austria, el conde Stadion, obligado á tener que transigir con una aristocracia todopoderosa y

un clero refluente, no podía proceder á grandes reformas populares. Por otra parte, no tenía para sí el apoyo de las fuertes y serias poblaciones del Norte. Pero si se empleaba en medidas menos radicales, no trabajaba por esto con menos energía á la salvación de la causa común. El ejército austriaco había sido reorganizado y estaba pronto ejercitándolo sin descanso el archiduque Carlos. A este ejército activo que contaba 300.000 hombres, se juntaron 100.000 en una reserva. Stadion había hecho de



BARÓN DE STEIN



cretar además, en toda la extensión del imperio, la institución de milicias nacionales. La población válida casi entera estaba alistada con un entusiasmo extraordinario, sin distinción de clases. Los donativos voluntarios afluían en las cajas del gobierno. Por la primera vez, en fin, un movimiento patriótico se producía en este imperio artificial que no ha sido nunca una patria. Austria convirtiéndose en una nación por odio y por temor de la dominación extranjera, Austria haciendo un llamamiento á la opinión pública por la pluma elocuente de Gentz, Austria convertida en campeón del derecho de gentes y de la libertad europea, era un fenómeno que por sí solo juzgaba la política de Napoleón. Esto solo nos dice cómo se habían cambiado en Europa los papeles desde los grandes días de la Revolución francesa, y hasta qué punto el pretendido heredero

de los hombres del 89, estaba lejos de los principios que los habían inspirado.

Los armamentos de Austria no podían dejar de llamar la atención del emperador de los franceses, porque atribuyéndose el derecho de tener ochocientos mil hombres sobre las armas, Napoleón no estaba de ningún modo dispuesto á tolerar nada semejante por parte de un poder extranjero. Desde el 16 de Julio Champagny interpellaba á M. de Metternich acerca de las intenciones de su gobierno, tomando pretexto de pretendidas violencias contra súbditos franceses. Pocos días después volvía con una insistencia de las más agrias sobre la cuestión de los armamentos. «¿Qué quiere vuestro gobierno? ¿Por qué turba la paz del continente? Vuestros príncipes recorren vuestras provincias; llaman al pueblo á la defensa de la patria. Toda la población desde

diez y ocho años hasta cuarenta y cinco está puesta sobre las armas... vuestro pueblo está espantado, vuestros vecinos se alarman. Por todas partes se dice: ¿Qué quiere el Austria? ¿Qué peligro la amenaza? etc.» La contestación de Metternich (fecha 22 de Julio de 1808) es tan clara como irrefutable. Todos los Estados vecinos de Austria, Italia, Baviera, Westphalia y hasta el gran ducado de Varsovia, han transformado sus instituciones militares y adoptado el servicio militar francés. Austria no puede permanecer indiferente á este movimiento sin comprometer la seguridad de sus pueblos; por consiguiente imita á sus vecinos operando una transformación análoga á la que ellos han realizado. Su reserva y sus guardias nacionales son una imitación de lo que se había hecho en Francia, á fin de ponerse en igualdad con los otros Estados de Europa. Lo que se llama sus armamentos no tiene otro sentido.

A esta réplica embarazosa, Champagny contesta armando ruido acerca de lo que se decía sobre las conversaciones tenidas en los baños de Treplitz y Carlsbad. Alegó la detención de dos correos que se dirigían á Dalmacia, detención que más tarde se transformó en *asesinato* en los manifiestos de Napoleón; finalmente ofreció levantar los campos de Silesia; medida que el gobierno francés había decidido tomar *en todo caso*, á consecuencia de los sucesos de España. Mas no ofrecía la sola medida que hubiese sido concluyente, es decir, una reducción de los ejércitos franceses y aliados proporcionalmente á lo que él pretendía obtener de Austria.

Desde entonces las exigencias de Napoleón no podían tener otro carácter que el de una violencia diplomática.

Este era por otra parte el estado de tirantez á que quería venir.

Comprendió en seguida que desde el punto de vista del derecho internacional no podía forzar á Austria en la posición defensiva que había cogido; y, resuelto desde este momento para hacerla salir en guerra, pero no queriendo hacer esta guerra sino después de haber domado España, determinó á ganar tiempo por medio de la amenaza y la intimidación, medios todavía eficaces para con una potencia cuyos preparativos estaban lejos de estar terminados. Apenas de regreso á París de su viaje á las provincias del Mediodía y del Oeste (15 Agosto 1808), Napoleón emprende de nuevo con Metternich el diálogo en el punto mismo en donde lo había dejado Champagny. El 15 de Agosto, en medio de una solemne audiencia dada á los grandes cuerpos del Estado y á los miembros del cuerpo

diplomático, el emperador interpela personalmente al embajador de Austria. Entrégase en presencia de la confusa Asamblea á una de esas divagaciones violentas que se habían hecho célebres después de la entrevista con lord Whitworth. Aprovechó la obligada reserva del diplomático para abrumarle á sus anchas con invectivas sin dignidad y de interpe-laciones á las cuales no dejaba tiempo para contestar.

«¿Austria quiere, pues, hacernos la guerra, ó darnos miedo?... ¿Quién os ataca para soñar en defenderos?... ¿No está todo pacífico al rededor vuestro? Después de la paz de Presburg, ¿ha habido entre vosotros y yo la más ligera diferencia? Vosotros llamáis el pueblo á la defensa de la patria; aumentáis vuestros regimientos en 1.300 hombres. Tenéis 14.000 caballos de artillería, armáis vuestras plazas, y vuestros cambios ya tan bajos han bajado más aún. No digáis que habéis sido obligados á proveer á vuestra seguridad, sabéis que yo nada os pido. Yo he hecho acampar mis tropas para tenerlas dispuestas; *acampan en el extranjero, no en Francia, porque eso es menos costoso*. Pero si os armáis, yo armaré. Yo levantaré si es necesario doscientos mil hombres. No tendréis para vosotros ninguna potencia del continente. El mismo emperador de Rusia os aconsejará que estéis tranquilos. Vuestro emperador no puede tener ningún resentimiento contra mí. He ocupado su capital, la mayor parte de sus provincias, casi todo le ha sido devuelto. *¡Yo mismo he conservado Venecia para dejar menos puntos á la discordia!* Mas la guerra tendrá lugar á pesar vuestro y mío. Vuestro pueblo está indignado y se ha dejado llevar á excesos, porque ha creído en vuestras medidas antes que en vuestras proclamas en favor de la paz. *De ahí el asesinato de tres de mis correos que se dirigían á Dalmacia*. Algunos insultos más parecidos y la guerra será inevitable, *porque se nos puede matar pero no insultárse-nos impunemente...* Decís que tenéis un ejército de 400.000 hombres. Vosotros queréis doblarle. A seguir vuestro ejemplo *¡bien pronto será necesario armar hasta á las mujeres!* Dado este estado de cosas, la guerra vendrá y no habrá que deseársela para que nos dé un desenlace. Un mal vivo pero corto vale más que un sufrimiento prolongado.»

Tal fué en resumen, según la cuenta que Champagny de ella dió al general Andréossy después de haber cuidadosamente suprimido las violencias de lenguaje, esta salida incoherente é inconveniente. Dejaba á un lado todas las dificultades reales de la situación de los dos países, eludía toda discusión



SECUESTRO DEL PAPA PIO VII